

CAROLE JAHME, *Bellas y bestias. El papel de las mujeres en los estudios sobre primates*. Madrid, Ateles Editores, 2002.

«Me gusta tanto mi trabajo que me siento la persona más afortunada de la faz de la tierra». Con estas palabras comienza el sugerente libro de Carole Jahme, que repasa exhaustivamente la contribución de la mujer a la Primatología en los últimos cuarenta años.

La autora nos introduce en el tema definiendo la Primatología como una disciplina relativamente joven dedicada al estudio de diversos aspectos del comportamiento de los primates, un grupo de animales pertenecientes a la clase de los mamíferos y que comprende poco más de 300 especies, entre las que se encuentra la nuestra, *Homo sapiens*. Los expertos en Biología Evolutiva sostienen hoy que todas las especies de primates evolucionaron a partir de un antepasado común, de ahí que compartan muchos atributos físicos y de comportamiento. Por ejemplo, investigaciones recientes sobre similitudes genéticas y bioquímicas han demostrado que los chimpancés son los parientes vivos más cercanos a los seres humanos, ya que el 98% de su ADN es indistinguible del nuestro.

Los primatólogos proceden del mundo de la Biología, la Antropología, la Sociología o la Psicología, y trabajan en los laboratorios, principalmente diseñando experimentos para explorar la inteligencia de los primates en cautividad, o bien investigan en el campo, estudiando el comportamiento natural de los primates salvajes. Hay que advertir sobre este último tipo de pesquisas que esa tarea requiere de una buena dosis de arrojo y entrega por parte de los investigadores que la realizan, ya que convivir con animales salvajes en su ambiente puede ser arriesgado. Además, el trabajo de campo en sí mismo está plagado de numerosos peligros, incluso con incidentes de tipo político y diplomático. Pues bien, entre las primeras personas que se dedicaron a estos estudios destacan unas cuantas mujeres dotadas de gran valor y enorme determinación. Así, a partir de la década de 1960 la célebre científica británica Jane Goodall empezó una extraordinaria labor de campo con el fin de observar a los chimpancés en su hábitat natural.

Pocos años después, Dian Fossey, estudiando a los gorilas, y Birute Galdikas, a los orangutanes, siguieron su ejemplo. Sus excelentes resultados no sólo abrieron nuevos caminos a los estudios sobre el comportamiento de los primates, sino que su metodología propició el auge que la Primatología disfruta hoy. Como apunta Carole Jahme, los casos de Jane Goodall, Dian Fossey y Birute Galdikas representan los arquetipos de las primatólogas originales, «ellas se sitúan en los vértices de un triángulo que ocupa hoy un lugar central en la Primatología».

Cabe subrayar que, desde aquellas investigaciones pioneras, las mujeres primatólogas se han convertido en un contingente con gran influencia. Tal es así que el asunto sobre la participación femenina en este área ha alimentado un intenso y vibrante debate sobre el que nos interesa hacer unas puntualizaciones. Ciertas expertas opinan que el número de mujeres en Primatología no es más elevado que el de hombres, pero argumentan que «quizás la percepción errónea de que las mujeres son mayoría en este campo sólo se deba a que finalmente hemos alcanzado la igualdad! La igualdad podría entonces simplemente significar que las mujeres se perciben mucho más».

También se ha alegado, para justificar la notoria presencia femenina en el campo del comportamiento primate, que las mujeres podrían ser «naturalmente» más sensibles y receptivas ante otros animales. La prestigiosa primatóloga Allison Jolly ha señalado que «podría haber algo de cierto en esto, pero creo que más bien sería debido al modo en que hemos sido educados. La paciencia para observar la naturaleza sin necesidad de mezclarlo todo con experimentos, ha sido durante mucho tiempo considerada como una virtud más femenina que masculina». Por otro lado, continúa la científica, «un punto de vista totalmente opuesto, igualmente importante y racional, sostiene que lejos de ser gentil y paciente, el tipo de mujer que es capaz de lanzarse al campo para hacer ciencia sin necesidad de verse sometida a la controladora atmósfera de un grupo jerárquico de laboratorio revela su autonomía». Sin embargo, en esta polémica otras científicas han afirmado que «el gusto por el trabajo de campo no es un rasgo propio de los hom-



bres ni de las mujeres; es un rasgo de los naturalistas».

Carole Jahme tercia en este debate apuntando que, en su opinión, la Primatología es la única rama de la ciencia en la que no sólo existe un número mayor de mujeres que de hombres, sino que la mayoría de los estudios de larga duración han sido realizados por mujeres que tienden a establecer lazos intangibles con los primates. Menciona el caso de la citada Allison Jolly que, como experta en lemures, viajó a Madagascar por primera vez en 1962 y hasta la fecha permanece dedicada al estudio y conservación de estos primates. En opinión de Jahme, las primatólogas que se oponen fervientemente al reconocimiento del predominio femenino en este área, temen que si su disciplina llega a ser conocida como una «vocación femenina» su trabajo será subestimado dentro del mundo de la Ciencia. Y, como es sabido, ese amplio mundo continúa siendo dominado por hombres.

En cualquier caso, en el cambio de siglo la Primatología se ha convertido en una disciplina pujante, multifacética y pluridisciplinar. Pero, tal como recuerda Carole Jahme, esta situación es en parte el fruto de una gran deuda con el famoso paleoantropólogo Louis Leakey. En efecto, los primeros pasos de Jane Goodall, Dian Fossey y Birute Galdikas fueron, al menos en sus inicios, dirigidos y potenciados por el prestigioso científico. Leakey creyó desde el primer momento que las mujeres serían más aptas que los hombres para los estudios de campo en condiciones naturales. Pensaba que perciben mejor los vínculos sociales, son más pacientes y más capaces, en general, de dedicaciones que requieran el largo plazo. Actualmente, son numerosas las expertas que han subrayado con sincero agradecimiento el interés de Louis Leakey por potenciar y estimular el que las mujeres pudiesen llevar a cabo novedosos estudios de campo. En su libro, C. Jahme dedica un capítulo completo a detallar minuciosamente la poderosa influencia en los inicios de la Primatología, no sólo de Louis Leakey, sino también la de su mujer, la prestigiosa antropóloga Mary Leakey.

Conviene matizar que la Primatología se estableció como área de investigación en sí misma a principios de la década de los sesenta, pues

con anterioridad los primates sólo habían sido estudiados de forma intermitente y por científicos mayoritariamente del sexo masculino. Estos estudios, que precedieron a las investigaciones de Jane Goodall, nos mostraban las hembras como sujetos pasivos dominados por machos de gran agresividad. Sin embargo, gracias a la influencia de mujeres primatólogas, estas creencias iban a ser puestas en duda a finales de los sesenta y finalmente destronadas en los setenta. Como apunta Jahme, «las primatólogas descubrieron el velo y nos dieron a conocer a las hembras primates».

Ciertamente, es un hecho mayoritariamente admitido entre los expertos en la materia que los primeros investigadores masculinos esperaban encontrarse con machos agresivos y dominadores de las hembras, pues exactamente eso era lo que describían en sus observaciones. «Es fácil ver lo que uno espera ver, aunque no esté ahí», anota Jahme. Pero, cuando las investigadoras femeninas llegaron al campo a la espera de encontrar las jerarquías de dominio entre machos y las coaliciones agresivas entre ellos, no percibieron ni unas ni otras. Al contrario, y por sorprendente que pareciera, muchos machos eran pacíficos y, a menudo, estaban subordinados a hembras. De hecho, los estudios realizados por mujeres empezaron a revelar las importantes y sutiles jerarquías, así como las estrategias políticas de las hembras. Asimismo, sembraron los primeros interrogantes ante la afirmación de que en «el orden natural» los machos dominaban las vidas de las hembras primates.

Otro mito que las primatólogas han empezado a desmontar es la idea de que el dominio entre los machos se ve recompensado por el éxito reproductivo. Desde siempre se ha creído que los machos poderosos tienen más probabilidad de aparearse con hembras fértiles y, por lo tanto, generar una mayor descendencia. Sin embargo, se trata de una acepción que, a pesar de haberse convertido en una teoría generalizada especialmente entre los científicos del sexo masculino, nunca ha llegado a probarse definitivamente.

En este aspecto, las primatólogas, después de haber observado cómo jóvenes machos ambiciosos desafiaban a menudo a los machos de





más alto rango, empezaron a sospechar que probablemente gran parte de las crías tenían como padres a estos machos jóvenes de menor rango. Fundamentan sus argumentos tanto en sus observaciones como en los estudios recientes basados en análisis del ADN, los cuales no han conseguido demostrar definitivamente si el macho alfa (el que ostenta el rango más alto dentro del grupo) tiene más crías que los demás machos. En conjunto, los datos sugieren que sólo un 50% de las crías son descendientes de macho dominante. Estos resultados han generado una efervescente polémica porque existe una amplia diferencia de criterio entre científicos y científicas. Los primatólogos varones rehúsan aceptarlos, mientras que primatólogas como Jahme sostienen que los hombres tienen algún motivo personal por el que se empeñan en demostrar que a un rango más alto le corresponde un número mayor de apareamientos.

Igualmente, Jahme nos recuerda que fueron las primatólogas quienes con sus cuidadosas observaciones revelaron la importancia de los lazos madre-cría; se dieron cuenta de que las hembras con crías lactantes son, de hecho, los animales más interesantes en una sociedad de primates. Su conclusión resultó contundente: es en el vínculo entre madre y cría donde se producen las mayores presiones ecológicas.

Las primatólogas también han realizado una significativa corrección metodológica a su ámbito de estudio. Detectaron, tras meticulosos análisis, que no todos los observadores de campo utilizaban las mismas técnicas para recoger los datos. La mayoría de los científicos registraban principalmente aquello que más les llamaba la atención, como las luchas entre grandes machos. Pero para que un estudio sea verdaderamente científico, cada animal, ya sea macho o hembra, joven o viejo, debe ser observado, du-

rante un lapso de tiempo similar. Esta rigurosa advertencia puso de manifiesto la necesidad de un estándar universal que estableciese los mismos métodos para todos los observadores. El mérito de haber introducido nuevos y más precisos protocolos de muestreo hoy se otorga principalmente a las mujeres científicas.

Carole Jahme concluye destacando que ahora sabemos que las hembras son animales multifacéticos, competitivas, grandes estrategas políticas, a veces víctimas y a veces dominadoras, pero nunca estúpidas y pasivas.

Finalmente, queremos acabar poniendo de manifiesto que Patricia Teixidor, la editora y también primatóloga, advierte al inicio del libro que como especialista en comportamiento animal no comparte algunas de las interpretaciones de la autora sobre temas concretos, pero cree que su publicación es necesaria para dar a conocer los estudios realizados en este campo. Asimismo, Teixidor ha tenido el buen criterio de añadir un capítulo dedicado a las primatólogas españolas, que contiene diez entrevistas realizadas por la propia editora. Después de añadir una serie de datos ilustrativos como que la APE (Asociación Primatológica Española) se fundó en 1993 y cuenta con 250 socios, de los cuales un 66,4% son mujeres; o que existen 21 centros públicos y privados relacionados con la Primatología distribuidos por las distintas comunidades autónomas, incluye las valiosas entrevistas. Estas páginas tienen gran interés pues constituyen testimonios directos procedentes de investigadoras cualificadas en activo hoy en día. De ese colectivo, la mayoría ha realizado el doctorado sobre una especie de primate, ya sea en condiciones salvajes o de cautiverio.

CAROLINA MARTÍNEZ PULIDO
Universidad de La Laguna